

cogidas para celebrar sobre ellas los sagrados misterios, en que encontraron su valor aquellos héroes gloriosos. De la Misa sale el culto de los santos, en el cual se glorifica a la fuente misma de su heroísmo y santidad. Se dirá de un santo que está canonizado, cuando se le haya juzgado digno de figurar en el Canon, o de ser honrado al igual que los santos que figuran en el Canon, cuando su nombre pueda decirse en esta letanía de la segunda hoja del díptico.

Pero hay otros difuntos, que al salir de esta vida nos dejaron con una esperanza, ensombrecida de incertidumbres. Fueron cristianos, pero no amaron a Cristo con un amor puro, no manifestaron ese amor con su conducta; cayeron y se levantaron y volvieron a caer y caminaron flojamente, y murieron sin hacer penitencia. Antes de ir al descanso eterno, estos cristianos sin generosidad necesitan despojarse de los residuos del hombre viejo, purificarse y transfigurarse, y no podemos abandonarlos en esa purificación, que, como toda purificación, supone dolor. Sin duda sufren, y podremos desear para ellos «el «refrigerio» de sus penas». No han llegado al puerto, a la meta de su vida; lejos del cuerpo y de Dios, sus almas navegan en un mar de tinieblas. Pediremos, por tanto, la «luz». Su conciencia está todavía atenazada y atormentada por el remordimiento y el pesar de no haber aprovechado la vida como debieran; y nada necesitan tanto como la llegada de la «paz», que les haga felices.

De esta manera los dípticos nos ofrecen una imagen de la comunión de los santos, ese bello dogma, que reúne en torno al Sacramento de nuestros altares a los cristianos de todos los tiempos: a los que combaten en la ciudad de Dios derramada sobre la tierra; a los que sufren en el reino de las llamas, que se llama el purgatorio, y a los que triunfan en los eternos jardines del paraíso del cielo. Allí, a los pies mismos de Cristo, e influídas por su amor soberano, se estrechan en un abrazo sublime las tres Iglesias,

que se enriquecen con la Sangre de Cristo: la Militante, la Paciente y la Triunfante.

MEMENTO DE LOS DIFUNTOS.

Ahora recordamos de una manera especial a la Iglesia paciente, pidiendo para ella esas tres cosas, por cuya ausencia sufre: refrigerio, luz, paz. «Acuérdate, Señor, de aquellos siervos tuyos, que nos precedieron con el signo de la fe y duermen en el sueño de la paz. Los santos, que alcanzaron el último destino, no necesitan ya de nuestras oraciones; por eso aquí nos referimos a esa otra categoría de hermanos nuestros en la fe, a los que partieron de esta vida con el sello de la predestinación, pero que no han llegado al cielo todavía, porque tienen que sufrir el castigo temporal, por medio del cual han de conseguir la purificación. Murieron en Cristo y están en la Iglesia; por eso nuestras oraciones pueden llegar hasta ellos. Partieron con el signo de la fe, es decir, con el carácter que quedó impreso en su alma por el sacramento del Bautismo; un carácter indeleble, al cual alude el sacerdote cuando dice al neófito, poco antes de derramar sobre su cabeza el agua de la regeneración: «Recibe el signo de la Cruz, tanto en la frente como en el corazón». Se fueron, pues, de esta vida llevándose ese carácter, impreso con la sangre del Cordero, que ningún agua de este mundo podría borrar, y descansan en el sueño de la paz. Confianza y serenidad ante el misterio de la muerte: esto es lo que reflejan las palabras del memento de los difuntos. Tal vez ellas anticipan la paz de la posesión en el cielo; tal vez nos hablan de la paz del alma, que sufre en el purgatorio, porque no existe incompatibilidad entre la paz y el sufrimiento. Aun en la tierra vemos personas que sufren sin perder la tranquilidad interior. Todo esto nos recuerda el espíritu de la Iglesia primitiva, que, viviendo en medio de la persecución y perdiendo cada día los mejores de sus hijos, aguardaba tranquila la llegada del verdugo en su refugio de las